

Proceso Sociopolítico Actual y Subjetividad en el Contexto Venezolano

Francisco Rodríguez*

Resumen

A través de reflexiones y análisis post-facto de discursos, acontecimientos y situaciones, se intenta abordar el problema que representa el proceso sociopolítico actual a partir de las tendencias revolucionarias, relacionándolo con la subjetividad entendida en términos de imaginarios, representaciones sociales y simbolizaciones en general como correlato fundamental, en el contexto venezolano. En este sentido, podemos afirmar que existen relaciones muy complejas y estrechas entre lo que pasa en el mundo sociopolítico y los procesos de subjetividad en Venezuela y pudiéramos conjeturar, en cualquier contexto histórico.

Palabras claves: proceso sociopolítico, subjetividad, representaciones sociales.

* Universidad de Oriente, Núcleo Bolívar

Abstract

CURRENT SOCIOPOLITICAL PROCESS AND SUBJECTIVITY IN VENEZUELAN CONTEXT

Through reflections and analysis of post-facto situations, events and speeches, it is tried to approach the problem that represents the current sociopolitical process since the revolutionary tendencies, relating it with the subjectivity understood in terms of imaginary, social representations and symbolizations in general as fundamental correlation, in the Venezuelan context. In this sense, we can affirm that there are complex and narrow relationships between the sociopolitical world and the process of subjectivity in Venezuela and we could surmise, in any historical context.

Key words: sociopolitical process, subjectivity, social representations.

Introducción

No es posible separar la subjetividad de un colectivo de las estructuras y procesos sociopolíticos de las cuales forma parte y que le ha tocado vivir. Los tipos de liderazgo, las relaciones líder-masa, las diversas formas como se constituye y ejerce el poder, el modo como se configura el consenso y la respuesta al poder; todo esto tiene que ver en forma de expresión o bien de condiciones de generación, de situaciones de adaptación y de comportamientos que reflejan estados del sí mismo (individual y colectivo), representaciones colectivas, mitos, vividos (individuales y colectivos), memorias simbólicas, etc.

La identificación de todo un pueblo (como es el caso del pueblo alemán) con un líder claramente patológico como Hitler, nos revela hasta que punto, unas condiciones sociohistóricas, socioculturales y socioemocionales, generan fenómenos que a su vez refuerzan esas situaciones. En este sentido podríamos acudir al paradigma de la complejidad para intentar dar cuenta de un fenómeno que obedece a lo que Edgar Morin ha denominado como «el principio de recursividad» (Morin, 1996, p. 106). Simplemente el efecto se transforma en causa y viceversa, en un proceso en el cual no llegamos nunca con precisión a saber donde comenzó exactamente todo porque se parte de líneas diferentes (divergentes), en múltiples sentidos de dirección, para llegar a un punto de confluencia (convergencia) que expresa y contiene la

multidimensionalidad de lo complejo que significan las relaciones entre lo subjetivo y lo político.¹

Se trata de una relación de circularidad que tiene el aspecto de una espiral porque nunca se reproducen los factores en juego de manera mecánica sino en términos de una transformación permanente; vale decir, produciendo modificaciones que finalmente configuran cambios significativos.²

Así tenemos que la dinámica del proceso sociopolítico actual en Venezuela responde, entre otras cosas, a una mezcla abigarrada de factores que podríamos calificar como patológicos. Situaciones conflictivas postergadas crónicamente, estados de alienación crónicos, representaciones simbólicas y sociales en general y frustraciones-emociones-sentimientos que favorecen la confrontación y las salidas mesiánicas; así como ansias desmedidas de poder, ambiciones personales y de grupo irrefrenables; en fin, un cortejo de elementos que configuran situaciones de bloqueo de las posibilidades de crecimiento y desarrollo, tanto individual como colectivo.

El propósito de un trabajo como este es plantear algunas vías teórico-metodológicas que contribuyan al abordaje del proceso sociopolítico actual venezolano en sus relaciones con la subjetividad como telón de fondo de la fenomenología sociohistórica. Subjetividad entendida fundamentalmente como representaciones sociales, imaginarios, mitos, etc., que se expresan en discursos y comportamientos. Para ello hicimos un análisis de discursos y acontecimientos que rodean la «puesta en escena» de las tendencias revolucionarias. En forma sumaria encontramos que hay una vinculación muy compleja y estrecha entre lo subjetivo históricamente colectivo y los procesos sociopolíticos. Intentamos ir al pasado reciente a través de un enfoque de arqueología (Foucault, 1970) de lo vivido colectivo sociopolíticamente, que nos permita acceder a la genealogía (ídem) del proceso actual.

¹ Al respecto interesa recordar como Borges en el relato denominado: El jardín de los senderos que se bifurcan, plantea el concepto de complejidad en términos de líneas convergentes, divergentes y paralelas que se cortan en algún punto.

² Efectivamente estamos hablando aquí de una causalidad compleja que supone la superación del concepto de causalidad lineal. Causas que en otro momento son efectos y viceversa; multiplicidad de factores y situaciones que inducen a la producción de un fenómeno y la simultaneidad aleatoria de contingencias productoras de acontecimientos que Jung definió como sincronicidad.

I. El proceso sociopolítico actual: de la democracia light al autoritarismo carismático-narcisista

La Política como actividad fundamental del hombre contemporáneo contiene dentro de sí como causa y efecto, expresión y determinación, todos los elementos que conforman lo vivido individual y colectivamente, normal o patológico que un grupo pueda exhibir en una situación histórica determinada. No obstante, la Política se ha convertido en el sustituto simbólico de la religión, adoptando todas las características y planteando esencialmente los mismos nudos críticos tensionales que definen la naturaleza de una actividad que le es inherente a la especie humana. Salvación de la humanidad, exclusión-inclusión, el poder como vía para escapar de la muerte y obtener la vida eterna, sentido de la vida; en fin, los grandes temas que transhistóricamente el hombre se ha planteado siempre, al menos en Occidente (Rodríguez, 2002).

De esta manera La Política ha terminado convirtiéndose en el campo de la actividad humana en donde el hombre ha cifrado sus apuestas fundamentales, orientado sus inquietudes y cifrado sus mayores esperanzas de redención social e individual. Esperanzas de progreso, orden, realización individual y colectiva, libertad y felicidad. En América Latina debido al tipo de condiciones de vida propias de la región, la supervivencia material constituye uno de las exigencias que con mayor énfasis se le hacen y una de los mayores detonantes en todo proceso de movilización social, bien sea para deponer o elegir gobernantes. La «pasión de supervivencia» de la cual nos ha hablado Cannetti, es probablemente el motor más importante en la direccionalidad y conformación de los procesos sociopolíticos.

En Venezuela, aparte de nuestra tradicional tensión esencial entre personalismo y desarrollo institucional que plantea la pertinencia social y cultural del caudillismo mesiánico-redentorista y frente a la necesidad de generar vías auténticamente democráticas para salir de nuestra crisis crónico-estructural, pensamos que lo que está en juego es la construcción de una cultura política que nos permita acceder a una sociedad modernamente civilizada.

Ha pasado mucho tiempo desde que Venezuela rompió con el modelo de dominación colonial y se instauró la república y sin embargo parece que aún no encontramos el camino que nos conduzca a la construcción de un ser cultural y político realmente estable y autónomo.

Este devenir entre una manera de ser y hacer, entre ser una cosa y dejar de serlo para comenzar a ser otra cosa sin que podamos consolidar algo relativamente permanente, impregna y marca el camino recorrido y la memoria codificada de lo que nos constituye como pueblo.³

El escrutinio de la actualidad sociopolítica venezolana plantea el reto de seguirle la huella al modo como en un segmento determinado del recorrido, adquieren cuerpo una multiplicidad de tendencias que se condensan en un punto de inflexión (un momento histórico, una coyuntura política) con los procesos reales.

Podemos intentar dibujar un mapa con las coordenadas fundamentales que a nuestro modo de ver las cosas, podrían estar configurando la fenomenología de los procesos sociopolíticos hoy. Este mapa por más exhaustivo que sea nunca será completo pues los procesos son más ricos que el discurso que intenta dar cuenta de ellos y el ser humano en su pensamiento, discurso y acción como respuesta al particular momento histórico que le ha tocado vivir, siempre será más complejo que el más sofisticado y profundo de los conocimientos.

1. La genealogía del proceso: de un orden dionisiaco a un orden prometeico

Las crisis exigen en todo momento la presencia de un héroe cultural que instaure el cosmos en donde predomina el caos: el desorden, la promiscuidad y el incesto. Eso ha sido la historia permanente, no sólo de América Latina, sino también de toda la humanidad. Y en ese devenir las sociedades van evolucionando y creciendo o bien quedan atrapadas en la trampa ancestral que sostiene el mito del «eterno retorno» o laberinto infinito.

Para finales de la década de los ochenta ya era obvio —condstituía consenso universal— que Venezuela se encontraba en un proceso de

³ Esta deriva de América Latina tiene que ver con la inexistencia de un ser cultural y político realmente auténtico que a su vez provea de fundamentos a la subjetividad individual.

deterioro y envejecimiento progresivo del sistema democrático. El proceso de descomposición moral de las élites, expresado dramáticamente en la corrupción de los gobernantes, constituía una «bofetada al rostro» de un pueblo que ciega y mecánicamente había apostado durante décadas por la opción democrática como mecanismo natural para obtención de las metas de progreso, bienestar, libertad, justicia y felicidad para todos.

Al mismo tiempo la distancia social entre los agentes de la dominación y la «gente de a pie» se profundizaba cada día más. Ya no era tan evidente que por ese camino podíamos llegar a la igualdad y justicia social. La concentración de la riqueza y el poder en grupos cada vez mas reducidos llegaba a niveles alarmantes.

Era obvio que el mundo de la política había perdido toda legitimidad social y se colocaba frente a la gente como un ámbito totalmente desvinculado del «mundo de la vida» de la gente común.⁴ El carácter de «simulacros del poder» (Baudrillard, 1993) que la política había adquirido se expresaba patética y melodramáticamente en el ritual de la coronación de «Carlos I.» Una ópera bufa, un sainete, era la muestra más palpable de legitimidad de una clase política que parecía que no tenía más nada que ofrecer como no fueran rituales vacíos y tan absurdos que parecían bastante próximos al teatro de Eugène Ionesco.

Ese particular momento histórico podría ser simbolizado como un orden muy primitivo en el cual el «padre primordial» tenía el poder absoluto, monopolizaba el control sobre las mujeres, era promiscuo e incestuoso, además de terriblemente injusto (Freud, 1980).

La represión convertida en un «baño de sangre» en que se convirtió el 27 F, añade la «pata» que le faltaba a la mesa; el carácter represivo y sanguinario del régimen. No obstante, lo social histórico, como la naturaleza, aborrece al vacío (horror vacui) y como por principio de acción y reacción, se produjo una respuesta en el sentido contrario a como estaban sucediendo las cosas desde el punto de vista del «status quo.»

Primero fue el 27 F como respuesta social al caos y luego dos intentos de golpe de estado durante el año 92. La primera respuesta fue

⁴ Cada vez más la Política ha venido adquiriendo un carácter de campo de acción totalmente desvinculada de la vida cotidiana y de los intereses concretos de la gente común. Se hace necesario en este momento histórico regresar al concepto de la «social política» como una manera de socializar este tipo de prácticas.

una expresión de una manifestación «socialmente pura» de una masa hambrienta (en sentido no sólo estomacal sino también de participación en el mercado de bienes materiales) que despertó dramática y trágicamente estimulada por una pulsión primaria que Canetti ha denominado como «la pasión de sobrevivencia.»

En este contexto sociopolítico surge de las «aguas del caos generalizado» un emergente simbólico representativo de una salida «mesiánico-heróico-redentorista.» Una figura prometeica que robaba el fuego a los dioses para traérselo a los hombres; sobre todo a los pobres y desamparados y de esa manera instauraba el cosmos en donde antes estuvo el caos.

Comienza así un período constituido básicamente por una gran «bocanada mítica» que instaura un orden imaginario de las ideas sustentado en una noción de tiempo mítico. Antes y después, antes de la revolución y después de la revolución, antes todo era oscuro y ahora todo es claridad, o por lo menos se marcha por el camino seguro que lleva al «reino de la luz.» El mito de la caverna de Platón que fundamentó históricamente cualquier propuesta de cambio en Occidente, vuelve por sus fueros para inaugurar un nuevo período de la historia, no sólo venezolana, sino también latinoamericana y porqué no mundial.

Otra vez el mito domina el campo de las representaciones y acciones políticas y el «imaginario vivido como real» constituye la operación básica de efectos de sentido que permite abordar lo real vivido como si fuese imaginario (Levi-Strauss, 1976).

2. El nuevo moisés separa las aguas de la cuestión social

Sin duda América Latina y Venezuela están sensibilizadas por situaciones dramáticas de explotación inmisericorde. Opresión brutal y dominación feroz que no dejan lugar a dudas. No obstante, no habíamos tenido nunca desde el gobierno y en muchos años desde las fuerzas de transformación en Venezuela, un discurso cuya idea-fuerza fundamental fuera la lucha de clases frontal. Quizás desde Zamora no vivíamos en nuestro país un llamado ideológico tan fuerte a la separación de los espacios sociales propios de las clases antagónicas: pobres vs. ricos, como ahora.

Por primera vez en la historia de Venezuela, un Presidente de la República le habla directamente a los sectores populares (no a la clase obrera) definiéndolos como un interlocutor válido en el orden de la comunicación pública. En función a esta operación de efectos de sentido, es probable que la percepción que tiene mucha gente que se ubica dentro de la amplia franja de los sectores populares, sea que por fin alguien desde el poder más alto que representa la Presidencia de la República (para el venezolano y el latinoamericano en general, al menos), les habla y los toca directamente.

Se convierten así, por un acto de magia discursiva estratégica, esta masa de irredentos y «condenados de la tierra», en «sujetos-actores» de un espacio que hasta ahora y desde siempre fue el lugar privilegiado de sujetos-actores (individuales y colectivos) políticos, como es el espacio de la comunicación pública política.

Este Moisés liberador de las fuerzas del inconsciente colectivo que aunque no fueran visibles, estaban presentes, es la función simbólica de una estructura de conciencia (más bien inconsciente) propia de la memoria de pueblos de ascendencia judeo-cristiana y por tanto redentorista-mesiánica al cual pertenecemos los venezolanos y los latinoamericanos en general: el paradigma de la redención.

A partir del año 98 se hace visible la puesta en escena de la figura de Chávez como la anticipación de un fenómeno telúrico que es recepcionado por las masas como la simbolización del arquetipo del «Dios encarnado.» Y como somos gente más emotiva que racional-reflexiva, las masas reaccionaron con un proceso de identificación empática con el líder de la personalidad carismática (Weber, 1977).

Se completaba así un círculo de causalidad acumulativa imaginaria que desde hacía algún tiempo (desde el 89) venía intentando cerrar la estructura para lograr su realización definitiva.

II. Imaginarios revolucionarios y ruptura del consenso democrático

Desde el año 89 la democracia en Venezuela, lucía como un sistema que institucionalmente estaba agotado, cansado. Imposible responder a

las expectativas de participación en el modo de distribución de bienes materiales y culturales de la población en general. Más aún, con grandes dificultades se podía responder a las necesidades de supervivencia material para grandes sectores de la sociedad.

La democracia en cualquier sociedad contemporánea es un sistema en permanente crisis, pues está fundamentado en el equilibrio dinámico de la aceptación de más demandas de las que pueda responder satisfactoriamente. Es por ello que depende del consenso y la legitimidad social, es decir, de la aceptación de las masas.

En este sentido, el sistema democrático venezolano estaba aceptando demasiadas demandas con relación a la poca capacidad real para procesarlas. El consenso que había sustentado la democracia desde el año 58 y que permitía solventar los conflictos, estaba roto; las expectativas que las masas tenían tanto de los líderes como de la situación y del sistema, eran totalmente negativas, la credibilidad cero. Un período amplio de conflictividad social se abrió a los pies de la dirigencia política y del país en general porque los conflictos derivados de la saturación de demandas insatisfechas no podían seguir siendo negociados.

Los espasmos sociopolíticos de la sociedad democrática comienzan a producirse desde el 27 F y generan los fenómenos del 4F y del 27N como expresiones de la resonancia de lo sucedido en el 89. Lo que tenía que venir, dada la carga dramática y simbólica de la situación, no podía ser menos que una revolución y la revolución llegó el año 98 montada sobre el «corcel blanco» de un «outsider» proveniente de las filas militares.

La institución militar aunque no había permanecido fuera de la impugnación al sistema político, de alguna manera se salvó de la crisis de legitimidad que había devastado toda la superestructura institucional del sistema.

Pero este proceso desde sus inicios en el año 89 ya había comenzado a ser un fenómeno mediático. El triunfo electoral del 98, desde la óptica de la comunicación de masas, se presentaba de alguna manera como la última parte de un «teatro dramático» insertado en un modelo de comunicación que ha convertido definitivamente a la política venezolana en un excelente espectáculo mediático.

Para esta fecha ya era evidente para algunos sectores que la estructura mass-mediática había fabricado un producto a petición de una situación histórica y unas masas que querían seguir viendo el show.

Lucha de pobres contra ricos, muerte a los oligarcas, sermón de la bienaventuranza, muerte a la corrupción, rescate de la dignidad nacional, juicio a las élites que constituyen el poder, relegitimación institucional, hombre nuevo, resurrección del país, entre otros, son algunos de los elementos de una trama discursiva que anunciaba la epifanía de una revolución. Una revolución que pretende reeditar la gesta emancipadora del siglo XIX con alegorías a Simón Bolívar reencarnado.

Pero bien pronto nos dimos cuenta que lo que se proponía realmente no era una revolución concebida en términos de un cambio radical de estructuras al clásico y tradicional estilo socialista marxista-leninista, sino una propuesta de reivindicación del gran universo de sectores excluidos. Es por ello que esta revolución encarna un llamado a los sectores populares, realmente auténtico (a despecho del populismo tradicional), que ha despertado a grandes masas de población del largo sueño de la quietud y las inercias masificantes desmovilizadoras. Y esto es ya un gran logro histórico.

1. La confrontación como estrategia o la política entendida en términos de amigo-enemigo

La política contemporánea tiene en todas partes varias connotaciones que les son inherentes, por lo que reducirla a una de ellas es empobrecerla considerablemente en su multiplicidad de sentidos.

Una de esas connotaciones o significados es la de ser una lógica adversarial. Sin duda la política es un espacio en el cual se enfrentan intereses contradictorios, diferentes formas de ver al mundo y al hombre, diversas formas de definición del poder, múltiples y variadas formas de plantear tácticas y estrategias para obtener el poder, etc.

Otra connotación es la de ser búsqueda permanente de negociación de esos intereses o posiciones contradictorias para evitar convertir a la política en un campo de batalla que podría darle paso finalmente a un régimen en el cual ésta es innecesaria por inútil.

Una tercera connotación podría ser la de la política entendida como estrategia para la construcción de socialidad: discursos, espacios, actores, saberes, tecnologías de gobernabilidad, etc. Dentro de esta categoría podemos ubicar el carácter que puede asumir la política como instrumento de transformación social y cultural.

El problema consiste en que en la actual coyuntura histórica, de «fin de las ideologías», la política progresivamente ha devenido en simple estrategia de enfrentamiento entre bandas o facciones rivales que luchan por el poder y a veces simplemente por la supervivencia.

Un pulso político permanente, «un orden de la refriega», ha sustituido al viejo orden de negociaciones de intereses materiales personales disfrazado de sistema democrático.

Orientadas por un imaginario marxista muy primitivo y sobreesimplificado, las propuestas de las tendencias revolucionarias, podrían ser leídas como la reducción de la lucha política con sus matices, tonalidades y entreverados, a un simple y craso enfrentamiento entre pobres y ricos, dueños del capital y desposeídos, usufructuarios del sistema y excluidos y más vulgarmente, entre oligarcas y «patas en el suelo.» Esto es con pelos y señales la expresión concreta de una concepción escatológica y metafísica de la política al entenderla como una variante simbólica de la eterna confrontación entre «el bien y el mal.»

El escenario de la lucha política actual, tanto por el lado de las tendencias revolucionarias, como por el lado del heterogéneo «saco de gatos» de la oposición, se ha reducido a guerra de trincheras. Nada de ideas, nada de construcción de saberes o discursos con algún grado de espesor ideológico, nada de construcción de espacios para el debate racional y civilizado que permita la convivencia democrática; al contrario lo que predomina en el escenario es una suerte de maniqueísmo (lógica binaria y primitiva de las ideas) como toda forma de dirimir posiciones, discursos o intereses que pueden ser contradictorios, pero que al mismo tiempo podrían ser resueltos en los terrenos movedizos de la «lógica borrosa» del orden del debate o de la política deliberativa.

2. El paroxismo como expresión de un estado de desgarramiento político-existencial

Un estado de consciencia desgarrado parece ser la característica más notoria de las actitudes fundamentales que la actual tendencia revolucionaria asume como ideología básica. Este posicionamiento político-existencial nace de una hipersensibilización ante situaciones real y objetivamente atroces de injusticia y postergación social de los grupos subordinados al mismo tiempo coincidentes con status de privilegios escandalosa y obscenamente obtenidos por los grupos dominantes.

El espíritu de la revolución se expresa como un «grito desgarrado» que clama al cielo ante tanta injusticia vivida por un pueblo que, de acuerdo al relato de nuestro imaginario político-social, nació para la libertad y la felicidad y que por el contrario se encontraba encadenado y alienado para el momento en que, cónsono con esa actitud de desgarramiento, se producen los acontecimientos que han venido configurando el espíritu del actual proceso.

El 4F es un hecho fundante dentro de este gran relato imaginario, porque crea los antecedentes míticos para el advenimiento de un estado de consciencia colectiva proclive a la emergencia de un súper significativo enderezador de entuertos en el caos universal que era la situación sociopolítica anterior a este acontecimiento fundamental. Luego, no puede ser una actitud y una conducta arremansada y tranquila la que caracterice a esa vanguardia esclarecedora en medio de tanta confusión y tanta sombra.

En el fondo de este paroxismo puede subyacer la simbolización de un profetismo que adquiere sentido en la textura de un micro-relato imaginario que define al líder y al grupo de vanguardia de esta revolución como una secta de iluminados ungidos por el mismísimo Dios para redimir a la masa irredenta. Si esto es así, entonces es obvio que el mensaje de la «buena nueva» no puede menos que ser dramáticamente presentado porque de otra manera perdería el valor de «revelación» que para ellos tiene, de acuerdo al esquema de comportamiento que habíamos señalado anteriormente como la situación del «imaginario vivido como real.»

Explica en parte la violencia, la radicalización y el carácter de «profesión de fe» que asumen los fundamentalistas y de «autos de fe»

que pretenden estos imponer a todo aquél que se perciba como sospechoso de ser contrarrevolucionario.

Conclusiones

Pudiéramos decir que en Venezuela y América Latina, los cambios sociopolíticos tienen que ver más con el carácter de estructuras de emergencia que asumen estos fenómenos que con el surgimiento en forma sistemática y relativamente transicional, como quizás sería más conveniente, de las respuestas a la crisis. En este sentido los cambios son abruptos, provisorios y producto de situaciones de urgencia socio-histórica, que terminan siendo permanentes.

La intervención de relatos y representaciones de tipo redentoristas y mesiánicos-salvacionistas como condiciones de producción del discurso y la fenomenología sociopolítica, coloca a los imaginarios mágico-religiosos en un plano de interacción dinámica con estos procesos. La subjetividad, como núcleo de verdad histórica, es un correlato fundamental de los procesos sociopolíticos en Venezuela y quizás en cualquier contexto socio-histórico.

Bibliografía

- Baudrillard, J. (1993). *Cultura y simulacro*. Barcelona, España: Kairós.
- Cannetti, E. (1977). *Masa y poder*. Madrid: Métodos vivientes.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber*. Méjico: Siglo XXI.
- Freud, S. (1980). *Tótem y tabú*. Madrid: Alianza Editorial.
- Levi-Strauss, C. (1976). *Antropología estructural*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- Morin, E. (1996). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona, España: Gedisa.
- Rodríguez, F. (2002). *De la centralidad de la Política a la multiplicidad de sentidos de lo social*. Ponencia presentada en la XI Jornadas Venezolanas de Psicología Social. Caracas, mayo-2002.
- Weber, M. (1977). *Economía y sociedad*. Méjico: F.C.E.